

EL MENSAJE DE NAVIDAD DE PIO XII

Hizo un Llamamiento a una Paz Justa que no Esté Basada en el Odio

LONDRES, 24 (United). — El siguiente es el texto de la alocución pronunciada hoy por el Papa Pío XII: "Nuevamente, por quinta vez, la gran familia cristiana se dispone a celebrar esta magnífica solemnidad de paz y amor en un ambiente de muerte y de odio."

Este año, hemos vuelto a experimentar el horror del contraste irreconciliable entre el dulce mensaje de Navidad y los acontecimientos en que está envuelta la humanidad.

Los años pasados han sido penosos y llenos de perturbaciones. Pero fueron años en que había una tímida elevación de las almas y que trajeron esperanza de paz.

La humanidad contempla esta terrible experiencia de la guerra, que oprime y sofoca sus misiones más ardientes y que afecta su orden civil.

En realidad, ¿qué vamos, sino que el conflicto está degenerando en una forma de guerra de dimensiones casi apocalípticas en propósitos y en expresión, engendrada por una civilización cuyo progreso técnico siempre creciente está acompañado de una disminución cada vez más pronunciada del espíritu y la moralidad?

Esa forma de guerra, que prosigue sin pausa, por su horrible camino, produce tales masacres que las páginas más terribles y sangrientas de pasadas épocas empalidecen por comparación con ellas.

Con horror, los pueblos han tenido que observar un nuevo e inmenso perfeccionamiento de los medios y las artes de la destrucción, y al mismo tiempo han tenido que ser espectadores de una decadencia interna que, con la declinación de la sensibilidad moral, precipita cada vez más al mundo hacia la represión completa de todos los sentimientos de la humanidad y hacia un estado tal de la razón y del espíritu que confirmará las palabras del sabio: "Todos fueron abrumados por la misma penumbra".

SOLAMENTE CRISTO PUEDE SUBYUGAR A LOS PELIGROSOS ESPIRITUS

Pero en medio de esta noche oscura, brilla para los fieles la luz de la Estrella de Belén.

Les señala y les ilumina el camino hacia Aquel, de cuya plenitud de gracia y verdad todos hemos recibido nuestra parte.

El camino hacia El, que se hizo Redentor viniendo al mundo, es esencialmente el precio que debemos pagar por la paz.

Ipse enim est pax nostra.

Sólo Cristo puede dominar a los peligrosos espíritus que han subyugado a la humanidad.

Sólo Cristo puede dominar los errores llenos de pecado que han sometido a la humanidad a una tiránica servidumbre, haciéndola esclava de un pensamiento atormetado por el ansia insaciable de posesión sin límites.

Sólo Cristo nos ha liberado de nuestra triste esclavitud de la culpa, para enseñarnos y preparar para nosotros el camino hacia una libertad noble y disciplinada.

Esta libertad se basa en la verdadera rectitud y en la conciencia moral.

Sólo Cristo, en cuyos hombros descansa el poder, puede, con su omnipotencia reconfortante, puede levantar a la humanidad de los sufrimientos sin nombre que la torturan en el curso de esta vida.

Los cristianos que viven en la fe de Cristo, saben con certeza que sólo Cristo es el camino a la verdad, y que la vida lleva al pesebre de Cristo, la parte que les corresponde de los sufrimientos del mundo.

LA FE EN LA EXPANSION MATERIAL Y LA ESPERANZA ESPIRITUAL

Sienten ante el Hijo de Dios, ante la criatura recién nacida, sienten un consuelo y un sostén desconocidos para el mundo, que les da fuerzas para resistir sin temor y sin desmayos las pruebas más terribles.

Es penoso y triste pensar que un sinnúmero de hombres, renunciando a la felicidad en esta vida por felices ilusiones y errores lamentables, se han cerrado el camino a todas las esperanzas y no pueden encontrar en la fe cristiana la vía para ese consuelo de sus tribulaciones.

Quiénes han puesto toda su fe en la expansión mundial de la vida económica, creyendo que una grandiosa organización, cada vez más perfecta y refinada, lograría un progreso inimaginado e inaudito para el bienestar de la humanidad, quienes difunden la felicidad y el bienestar por medio de la ciencia, pero no por la ciencia verdadera, que es reflejo de la luz de Dios, sino por una ciencia sin Dios.

Aquellos para quienes la aspiración de sus vidas es trabajar, pero que en la lucha por lograr ese propósito han hecho a un lado las consideraciones religiosas, no han dado a sus existencias la salud y la orientación moral y han olvidado que Cristo, el Redentor de la Humanidad, con su gracia penetrante, eleva y ennoblece toda labor honesta, la elevada y la baja, la grande y la pequeña, la agradable y la difícil, la material y la intelectual, quienes han basado su esperanza en el goce de una vida mundana exclusiva para ellos, como el solaz físico con la opulencia y la superabundancia de comodidades o la posesión del poder y la fuerza, todos ellos ven reduciendo a ruinas el edificio de creencias en que habían puesto su fe y sus ideales, despreciando la única verdad, que les había dado un bálsamo y para sus almas una conciencia serena y tranquila.

Cuando se disuelve este hogar terreno, está preparado en el Cielo un hogar eterno.

Quiénes no tienen ninguna esperanza están frente a un terrible abismo, tanteando en la oscuridad en busca de un punto de apoyo, pero sin encontrar su alma inmortal, mientras que vosotros, después de la muerte, tenéis la certidumbre del consuelo divino que significa el alma inmortal. Es esta una gracia sublime y un privilegio inestimable que debéis al Salvador.

NAUFRAGOS QUE PERECEN

Esa gracia exige un apostolado diario y constante para devolver la confianza perdida y dar la salvación espiritual a quienes, como naufragos en el medio del Océano, están por perecer.

El camino seguido por la humanidad en la actual confusión de ideas, ha sido un camino sin Dios, y hasta contra Dios, sin Cristo, hasta contra Cristo.

Con estas palabras no nos proponemos ofender a los equivocados, son y continúan siendo nuestros hermanos.

Es bueno, sin embargo, que la cristiandad, reconozca cual es su responsabilidad en estas pruebas.

Muchos cristianos han hecho concesiones a las doctrinas e ideas tantas veces desaprobadas por la Iglesia.

Toda concesión del respeto humano en la profesión de la fe, toda pusilanimidad en la práctica de la vida

"La paz verdadera no es resultado de la proporción aritmética de la fuerza, sino que es una acción moral y jurídica."

las ruinas. Unid vuestros esfuerzos para la construcción de un nuevo orden social para Cristo.

El espíritu humano nada ha perdido de su fuerza y de su poder para regenerar a la humanidad decadente.

Dios triunfó un día sobre el paganismo.

¿Por qué no ha de triunfar nuevamente hoy, sobre la vanidad y las ilusiones que han dominado hasta ahora en la vida pública y privada?

Ahora que los intelectos están buscando nuevos ideales políticos y sociales —privados, públicos y educacionales— para renovar los deseos de sus corazones, demostradles por la palabra que el único Dios verdadero es el que nos envió a Jesucristo.

El amor de Dios hace que los corazones humanos sean delicadamente sensibles a las necesidades de nuestros hermanos, dispuestos a la ayuda material y espiritual y a todos los sacrificios con tal de que ese gran amor renazca en los corazones de todos. Nuestro corazón paternal está abierto para todos, se abre igualmente para todos los que deseen escuchar nuestro clamor de merced y de palabras bondadosas.

¿Cuántas veces hemos repetido con el corazón destrozado el llamado del Maestro divino: "Misericordia super turbam?"

Y mientras miramos a las regiones particularmente devastadas y a las desoladas por la guerra, podemos agregar a esa exclamación: "¿tienen hambre?"

LA SOLIDARIDAD MATERIAL CON LOS QUE SUFREN

Con nuestros medios limitados, jamás hemos dejado un momento para ayudar, y se nos han dirigido pedidos suplicantes, primero desde regiones distantes y luego cada vez más cercanas.

Frente a todo este dolor, hacemos al mundo cristiano un llamado insistente y paternalmente invocamos su ayuda y su misericordia.

Nos dirigimos a los sentimientos humanitarios y cristianos de los pueblos y naciones, a los que hasta el momento la providencia ha ahorrado el sufrimiento directamente de los horrores de la guerra y a aquellos que aun estando en guerra viven en buenas condiciones, para que otorguen su amplio sentimiento de merced a los que, en medio de este terrible conflicto, carecen de las cosas más necesarias y elementales.

Al hacer esta exhortación nos sostiene la esperanza de que encontrará total respuesta en los corazones de los fieles y de todos quienes mantienen vivo el espíritu de la humanidad.

Entre los horrores de la guerra se están desarrollando, en forma cada vez más clara, reconfortantes pensamientos e intenciones: el deseo de que haya una responsabilidad, basada en la solidaridad, respecto a los problemas derivados del empobrecimiento general que ha causado la guerra. La destrucción provocada por ésta exige imperativamente que se emprenda la reconstrucción en todas las regiones devastadas.

RESTAURACION CON JUSTICIA, EQUITAD Y SABIDURIA

Los horrores de un pasado no muy distante se han convertido para las mentes iluminadas e independientes, en un desafío que no pueden pasar por alto, ni por motivos de sentido común, ni por los de las consideraciones humanitarias.

Estiman que la restauración espiritual y material de las naciones y de los pueblos es un todo orgánico, en que nada sería más desastroso que dejar vivos los focos de infección que podrían dar origen a un nuevo desastre.

Consideran que en el nuevo orden de paz, de derecho y de trabajo, no debe haber personas a quienes no alcance la justicia, la equidad y la sabiduría.

Si así no fuere, correrían peligro la consistencia y la estabilidad de la nueva organización.

Fieles a la imparcialidad de nuestro cargo pastoral, expresamos el deseo de que nuestros queridos hijos nada omitan para lograr el triunfo de los principios de justicia y fraternidad en cuestiones tan fundamentales para el bienestar de las naciones.

Es en verdad esencial para las mentes de los amigos sinceros y sensatos de la humanidad que una paz que conforme a la dignidad humana y a la conciencia cristiana no puede imponerse duramente por la espada, sino que debe ser fruto de la justicia, de la previsión, de la responsabilidad y de una igualdad absoluta para con todos.

Pero hasta tanto esa paz haya favorecido al mundo, vosotros, mis queridos hijos e hijas, continuaréis sufriendo amargamente en alma y cuerpo los golpes de la injusticia.

NO DEVOLVER INJUSTICIA CON INJUSTICIA

Pero no debéis manchar la paz de mañana, pagando la injusticia con la injusticia y cometiendo así quizás una injusticia aún mayor.

En esta víspera de Navidad, vuestros corazones y vuestras mentes se vuelven hacia el Niño divino en el pesebre.

Creed y medita, El, el Señor del Cielo y de la Tierra y de todas las riquezas por las que luchan los pueblos, comparte vuestra pobreza y vuestras penurias.

Todo es suyo. Pero también El ha tenido que abandonar en estos tiempos a las Iglesias y Capillas destruidas y quemadas, desmoronadas y vacías.

Vuestros devotos antepasados le han dedicado templos magníficos, con amplios arcos y magníficas bóvedas.

Quizás vosotros le podáis ofrendar una capilla, en medio de los escombros y las ruinas o en lugares miserables, o también en una casa privada. Os alabamos y os agradecemos, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, que no sin frecuencia, con el peligro para vuestras vidas, habéis ofrecido asilo y protección a Dios y al Salvador de la Eucaristía. El Señor no ha desdenado venir a vosotros, con nuestra pobreza. La pobreza y la indigencia son amargas, pero se endurecen si se mantiene la fe en Dios, en el Hijo de Dios, Jesucristo, en su gracia y verdad. Junto con vosotros, amados hijos e hijas, elevamos nuestras oraciones a los pies del Niño Jesús y rogamus que esta sea la última Navidad de la guerra y

EL BIEN PUBLICO

"NUESTRA VICTORIA ES NUESTRA FE" (S. Joan 5, 4)

Año LXVI

Montevideo, Domingo 26 de Diciembre de 1943

Núm. 20,227



"Una paz que conforme a la dignidad humana, no puede imponerse duramente por la espada, sino que debe ser fruto de la justicia, la previsión, la responsabilidad y una igualdad absoluta para todos."

En la historia de humanidad jamás ha habido una paz sin algunos defectos, y esta hora exige, con voz imperativa que los propósitos de paz, lo mismo que los propósitos de guerra, sean dictados por el sentido más elevado de la justicia.

Esos propósitos deben ser el resultado de una labor suprema, de comprensión y concordia entre los beligerantes. La paz debe

satisfacer a todas las naciones que comprendan cuál es su papel en la familia internacional y que colaboren con dignidad y por voluntad propia, en la futura gran tarea de regeneración y reconstrucción.

UNA PAZ QUE REHABILITE AL SER HUMANO

Naturalmente, la conclusión de esa paz no significará el abandono de las garantías y sanciones necesarias en caso de que haya cualquier tentativa de emplear la fuerza contra el derecho.

No pidáis a ningún miembro de la familia de naciones, aunque sea pequeño o débil, que renuncie al derecho a satisfacer sus necesidades vitales, renuncia que, si se tratara de aplicarla a vuestros propios pueblos consideraría imposible. Dad pronto a la ansiosa humanidad una paz que rehabilite a los seres humanos ante sí mismos y ante la historia, una paz justa que no esté basada en el odio y en la represalia, sino que traiga consigo un nuevo espíritu de comprensión mundial, sostenida por las indispensables fuerzas divinas y por la fe cristiana.

Será la única forma de preservar la humanidad, después de esta guerra desventurada, de la desgracia de una paz fundada en bases erróneas que sería efímera. Con amor paternal impartimos nuestra bendición apostólica a vosotros, hijos e hijas, y especialmente a quienes sufren las penosas agonías de la guerra y necesitan el consuelo divino, a quienes en respuesta a nuestros llamados, abren sus corazones a un amor activo y misericordioso y a quienes tienen en sus manos los destinos de los pueblos y están ansiosos de darles la confortación de la paz."

"La Prensa" Comenta el Mensaje del Pontífice

En su edición de ayer "La Nación" bonaerense, luego de hacer una breve síntesis, comenta el mensaje radial de Su Santidad Pío XII, en los siguientes términos:

"Junto con vosotros, amados hijos e hijas, elevamos nuestras oraciones a los pies del Niño Jesús y rogamus que esta sea la última Navidad de la guerra y que el año próximo la humanidad celebre la solemnidad de Pascua a la luz de una verdadera paz cristiana."

En estos términos concretó sus anhelos el Sumo Pontífice Pío XII, en la alocución que ayer dirigió al mundo. Empetró refiriéndose a la penosa situación en que la cristiandad vuelve por quinta vez "a celebrar esta magnífica solemnidad de paz y de amor, en un ambiente de muerte y de odio" su referencia posterior a la Pascua.

Las fuerzas comprometidas en esta guerra van llegando acaso al límite de su resistencia, y la humanidad no puede, ser ya más exigida, en sacri-

ficios y desgarramientos, por que la medida de lo posible debe también haber empezado a colmarse en ese terreno.

El desenlace de la gigantesca lucha ha de estar próximo: es así, por lo menos, una presunción razonablemente fundada. Pero será un desenlace como el de otras contiendas que terminaron con el predominio de los vencedores sobre los vencidos asegurado por la fuerza de la espada, pero no "como fruto de la justicia, de la previsión, de la responsabilidad y de una igualdad absoluta para con todos?"

No. Para que en el mundo de la post-guerra, no haya hombres ni naciones excluidos de los beneficios de la justicia, la equidad y la sabiduría, será indispensable que desaparezcan "los focos de infección que podrían dar origen a un nuevo desastre". Y esos focos quedarán vivos si la paz se basa en el odio y en la represalia y no busca sus fundamentos en un elevado espíritu de comprensión universal. Sólo así podrá reavivar un sig-

nificado más profundo y traer consigo los bienes perdurables que de ella espera la humanidad.

Será, sin embargo, ilusorio pensar en la posibilidad de resultados al tras de los propósitos de justicia y de fraternidad no se mantuviera una fuerza suficientemente poderosa para sostenerlos. Así lo reconoce Pío XII al definir a la paz como una acción moral y jurídica, a cuyo servicio debe estar la fuerza, basada en la medida normal del poder, ejercida para la protección y la defensa del derecho y no para escarnecerlo.

Con ese concepto, el término de las hostilidades nada significaría como seguridad para el futuro, si no fuera complementado por el establecimiento de las garantías y sanciones efectivas, indispensables "en caso de que se produzca cualquier tentativa de emplear la fuerza contra el derecho".

¿Cuál es lo fundamental de ese derecho? La preservación contra la influencia de "los

peligrosos espíritus que han subyugado a la humanidad" y que la han sometido o pretendido someterla "a una tiránica servidumbre, haciéndola esclava de un pensamiento atormetado por el ansia insaciable de posesiones ilimitadas".

El Papa observa, entre los horrores de la guerra, "reconfortantes ideas e intenciones" coincidentes, desde luego, con los anhelos paternales que acaba de exponer, y que van resumidos en la breve glosa precedente.

El voto de los hombres de buena voluntad será el de ver realizados esos anhelos en medida superior a los que hasta nuestros tiempos ha sido dable alcanzar, para que las soluciones sobrevinientes representen un progreso en la elevación de la moral del individuo, en la moral política y en las relaciones internacionales que aligere permítta razonar que no hayan sido nuevamente vanos los padecimientos de estos años terribles de catástrofes "casi apocalípticas".

